

Flores Poveda, Iván, ["Ecuador: 200 pequeños diseñan un país pluricultural"](#), [s.e.], [s.l.], [s.f.].

La lora catarnica de Diana, pequeña quichua de la Amazonia, juzgó duramente a los adultos. Cuando ellos hablaban, solemnes, sobre su preocupación por los niños, la cotorra estallaba en chillidos. Y cuando los niños exigían cuentas a los adultos, la plumífera guardaba silencio cortés.

Así, el mensaje de estima que el otavalo Felipe y la shuar Mirta compartieron con 200 guaguakuna (niños indígenas) pudo retumbar en el Hotel Quito, la tarde del jueves.

Hasta allí avanzaron chicos de 114 comunidades de todo el país, con una consigna: “Hacer guardia para que el arco iris (símbolo de la diversidad) no deje de brillar en Ecuador”.

Achig, líder de 10 años en los páramos de Imbabura, llegó a Quito “para contar a los grandes que me dejen usar la trenza y la chalina en la escuela”.

Yolanda Calazacón, desde el subtrópico de Santo Domingo, subió a la capital “para exigir a todos los ecuatorianos que ya no nos digan colorados, sino pueblo tsáchila”.

Y Hernán Sanín dejó Ishinpe, en Morona Santiago, “para recordar al país que la medicina de nuestros ancianos sea respetada, pues puede ser la cura de los males que los blancos no han podido resolver”.

Los 200 guaguakuna en apenas dos días hicieron lo que los grandes no realizan, ni en sesión extraordinaria ni con dietas: proyectar viabilidad para un país pluricultural.

Por ello, en el Encuentro Nacional de la Niñez y la Adolescencia Indígenas, convocado por la Ecuarunari, la Unicef y el Parlamento Indígena de América, concretaron una agenda de 42 puntos.

El tono del documento, escrito con puño y letra de los guaguakuna, no suena a reclamo y pedido, sino a exigencia y propuesta. “En cuatro páginas contamos el país donde ya no queremos vivir y también el país que queremos reconstruir”, defiende Ramiro Huacatoca, quichua de Pastaza.

Frente a ello, empezaron a llover las promesas de los mayores. Y la lorita catarnica no dijo ni pío cuando Mariano Curicama, prefecto de Chimborazo, pidió: “Que los niños y los adolescentes me ordenen qué hacer con el 10 por ciento del presupuesto de la Prefectura, el cual destinamos al sector”.

Varios líderes indígenas y profesores bilingües aplaudieron la decisión. Desde la quinta fila del auditorio, Olguita, shuar de Morona Santiago, comentó: “¿Será cierto?”. Y Mirta, de su pueblo, le respondió: “Hay que tomarles la palabra y vigilarlos a los grandes”.

Los dos días de trabajo de los 200 guaguakuna sirvieron también para tender carreteras mágicas por el país. Dos niños chachi de Esmeraldas, por ejemplo, invitaban a dos compañeros salasacas a pasar el fin de semana en su casa de chanul a orillas del río Ónzole.

Y una niña huaranga convencía a un grupo zápara de darse un salto a las minas de Salinas de Tomabela. A cambio, el mayor de los zápara le puso en la mano una pluma verde limón de la corona que lucía.

En dos días, ellos afianzaron su amistad y un nuevo día para ese país de indios, negros, cholos, blancos y mestizos.

Los participantes:

Las nacionalidades. Kichwa, epera, chachi, awá, tsáchila, manteña, huancavilca, afroesmeraldeños, achuar, shuar, zápara, huaorani, cofán, secoya.

Los pueblos. Caranqui, natabuela, otavalo, cayambi, panzaleo, chibuleo, salasaca, quisapincha, puruhá, huaranga, cañari, saraguro.

Los ejes de trabajo. Educación intercultural, salud, cultura y protección social.

El viejo país (1). Los guaguakuna no quieren vivir en el país donde las madereras, petroleras y camaroneras destruyan la naturaleza.

El viejo país (2). El país donde los indígenas se vean obligados a vender la tierra y los árboles por la pobreza.

El viejo país (3). El país donde los maestros no estén capacitados y maltraten.

El viejo país (4). El país donde los niños dejen la escuela por salir a trabajar.

El viejo país (5). El país donde los niños mueran de diarrea o paludismo.